

“Pero no se trata de llegar a ninguna parte. Solo quisiéramos llegar propiamente al lugar donde ya nos hallamos”, escribió Heidegger en relación al habla mientras que en la pastura de mi infancia suenan canciones. Varían en color, en timbre y aún resuenan en la voz de mi madre a pesar de que algunas desgranar versos patriarcales. Está por ejemplo *Monedita de oro*, de Cuco Sánchez —“ay corazón bandolero, relincha ya cuando quieras, por esa potranca fina que amansarás cuando quieras”—, o bien *La petaquita*, de Violeta Parra, cuya voz-ternura-pétrea logra por momentos esconder el machismo de su letra: “todas las niñas tienen/ en el vestido/ un letrero que dice quiero marido”, aunque al final remata: “lo que nunca he tenido falta no me hace”. Violeta, cuyo suicidio me duele, también quizá fue víctima del patriarcado y del amor romántico. Ni modo, son mis canciones. Les machaco el sentido en busca solidaria de humanidad, me aferro a ellas como si me fueran lo único que me conectara con la tierra firme, fulgurosa, de mi niñez. Aun más desde este espacio al que nos ha desterrado la pandemia: el confinamiento físico y mental, este agridulce estadio de la no existencia: hoy más que nunca se agolpa la certeza de que podría morir (extrapolado a la especie humana) y a nada ni a casi nadie le importaría: el universo seguiría su elegante y cruel curso sin parpadear, sin el drama de un meteorito. Lo único que hoy me hace notar que no soy un fantasma es Jacinta, mi hija que está por cumplir cinco años, y a quien imagino sí golpearía mi muerte. Ella ha escuchado a Violeta Parra desde muy pequeña. Se sabe *La petaquita*. Y el otro día que volví a tomar la guitarra la grabamos juntxs; lo hicimos así, sin ensayar, a la primera. Jacinta y yo de vez en cuando hacemos un ritual que aprendimos de una querida amiga. Consiste en nombrar la rosa y la espina de cada día. La rosa es lo mejor que te pasó y la espina, claro está, lo peor o lo menos bueno. De esta forma, los días van adquiriendo cierto carácter, algo parecido a una gravedad propia, y así logramos encapsularlos un ratito antes de que el olvido los sepulte. Grabar esa canción con Jacinta ha sido la rosa pálida de mi cuarentena. Como la de Violeta, su voz proviene de un dolor inmemorial pero también de la

alegría simple —la luz del sol entra por la ventana, nomás— y seguirá siendo río en el tiempo oscuro de los ahuehuetes.

.- Kyzza Terrazas